

—Mr. Pascual Arthet—dijo Santiaguito.

Noel se levantó de un salto, se dirigió hacia Arthet, llevando al niño de la mano, y con un gran movimiento de alegría,

—¡Usted! ¡usted aquí, Mr. Arthet!—dijo.—
¡Ah! Usted les dirá que no soy un asesino. ¿No es verdad?

—¡Un asesino!—repitió el niño, abriendo desmesuradamente los ojos.

Pascual Arthet se había separado del grupo, y dando un paso hacia Rambert, le miró con expresión de estupefacción y de profunda piedad. Había muchos sentimientos á la vez en aquella mirada: una duda dolorosa, una ansiedad especial, una interrogación muda y casi severa. Este primer golpe de vista, cuyo alcance comprendió en seguida Noel, hizo más daño al desgraciado que todas las acusaciones con que luchaba desde que se había cometido el crimen.

—¡Ah! se dijo.—¡También él sospecha de mí!

VI.

Pascual Arthet.

Noel Rambert sentía por Arthet esa admiración ardiente y absoluta que ciertas naturalezas heroicas inspiran, no sólo á los individuos, sino á las

muchedumbres. Estaba Arthet dotado de una resolución varonil irresistible, y al mismo tiempo de una atracción muy grande. Acaso fuera esta atracción, más que su valor, la que le daba su influencia sobre los que en los días de lucha peleaban á sus órdenes. La sonrisa de bondad hace más prosélitos que el relámpago de cólera. Los verdaderos apóstoles tienen una fuerza muy poderosa: la atracción.

Este don de gentes, esta simpatía era lo que le había granjeado la admiración y el cariño de Rambert. El pobre obrero había seguido siempre, durante las tempestuosas jornadas de Febrero y Mayo, á Pascual, quien con caballeresca audacia marchaba desdeñoso al punto de mayor peligro. Noel tenía á su jefe una adhesión incondicional, una especie de afecto filial, tierno y respetuoso. Arthet era su guía, su admiración, su conciencia. Se habían conocido en las tristes horas de la proscripción. La misma casamata había servido á los dos de alojamiento; el mismo patio, de paseo; la misma cárcel, de prisión.

Pascual estimaba á su vez profundamente á Noel, y confiaba en él tanto como Rambert le admiraba. Cuando supo que había sido detenido y el crimen de que se le acusaba, su primera exclamación fué: ¡Es inocente!

No podía creer que la mano de Noel se hubiera manchado con semejante crimen, y esperaba, por más que no preveía el medio, que un día ú otro se probaría incontestablemente su inocencia.

Desde que había llegado á la edad de la razón, Arthet se había sacrificado tanto en aras de sus ideas, había luchado tanto, había gastado tanto tiempo y tantas fuerzas, que iba envejeciendo y viéndose solo en su obra, porque la muerte se llevaba poco á poco á sus deudos y parientes. Para reemplazar á aquella familia que la suerte y los años dispersaban, se entregó por completo á esa otra familia más extensa, más enloquecedora cuando nos llama, pero que consuela y ayuda menos: á la Patria.

Estaba orgulloso de habérselo dado todo, de haberle sacrificado la lozanía y los placeres de su juventud. Cuando evocaba el pasado, encontraba en él muchas amarguras, muchos dolores, muchas horas terribles, muchas traiciones; pero no encontraba en sí mismo ni un minuto de debilidad, nada que su conciencia tuviese que lamentar. Había cumplido siempre con nobleza y humildad con lo que es cosa tan sencilla en apariencia, pero tan dolorosa y terrible á veces en realidad: con su *deber*.

¡Cuántas venturas y alegrías se sacrifican al

austero é inflexible deber! ¡ Cuántos sueños dulcemente acariciados se le inmolan! ¡ Cuántas veces se le maldice, aunque no haya más remedio que escucharle y acatar sus órdenes! En cambio, cuando en el ocaso de la vida se contempla todo ese largo tiempo pasado y se lee en él á cada hora, como en un libro, la palabra *deber*, sin tachas ni raspaduras, se experimenta el consuelo y el orgullo del hombre que por la noche tiene la seguridad de haber empleado bien el día. La carga era pesada, pero se la ha conducido á su destino. Se sentirá cansancio en los hombros, pero el corazón late contento en el pecho dilatado. El obrero ha acabado su tarea; el hombre puede ya morir. Está contento de sí mismo; lleva al sepulcro su propia estimación.

Pascual Arthet dejó á los veinte años su casa de Provenza y se trasladó á París, con oro en los bolsillos é ideal hermosura en su persona: cabellos negros y largos circundaban su rostro delgado, en el que campeaban dos ojos eléctricos. Podía haber sido allí bien dichoso, llevando la vida fácil de un joven elegante, en todas partes recibido y agasajado, siendo objeto de seductores guiños y sonrisas; pero renunció á todo esto.

Con frecuencia, al volver de un baile á que le

había arrastrado su juventud, se le hubiera podido ver soñar de pie ante una blanca estatua de la Libertad, dejando escapar por la ventana abierta las palabras mágicas:

—¡ Libertad !..... ¡ Dicha para todos !..... ¡ Repùblica !.....

Se arrojó con loco ardor al movimiento republicano. Se lo dió todo á la causa de todos, su juventud y su fortuna, y después de estar en todos los peligros estuvo en todas las prisiones.

Algunas veces sentía estar preso, pero no por él, sino por sus pobres. Médico ilustre ya, á pesar de sus pocos años, se había dedicado en cuerpo y alma á los pobres; se había hecho médico de los que no tenían con qué pagar á sus colegas.

Pagaba los medicamentos de su bolsillo, y así obligaba á los enfermos á seguir el régimen prescrito; y cuando le daban las gracias,

—¡ Bueno está eso !—exclamaba alzando los hombros;— el obligado soy yo, que hago experimentos en ustedes. ¿No lo comprenden ustedes así?

En el presidio curaba á sus compañeros.

Un día que se alborotaron los presos en Belle-Isle á causa de que se les daba un pan malísimo, el comandante mandó hacer fuego sobre los recla-

mantes. Pascual descubrió su pecho y lo presentó á las balas. Nadie se atrevió á tirar.

Al día siguiente era ya mejor el pan.

—A usted es á quien los demás se lo deben— dijo un oficial á Arthet. Usted es el único contra quien no hubieran consentido en tirar nuestros soldados.

Una vez libre, Pascual emprendió de nuevo su vida de estudio consagrada á los humildes.

Como lo había dado todo, no era rico; como había gastado la vida en las prisiones, no era ya joven; pero nadie se apercibía ni de su mayor edad, ni de su pobreza. Los enfermos eran siempre sus amigos, y siempre tenía para ellos palabras de consuelo en los labios y una moneda en la mano.

—Nada de limosnas—decía.—No se lo doy á usted, se lo presto. Ya me lo devolverá cuando tenga salud y trabajo.

Y en efecto, se lo devolvían.

Siendo médico apacible, soldado de la idea reducido á la inacción, era querido y respetado como lo había sido en los días de lucha. En aquellos tiempos en que los caracteres desaparecían, en que todo se ablandaba y se fundía, y en que las conciencias se licuaban, era consolador el espectáculo de aquella firmeza varonil.

El bronce avergonzaba á la cera.

Arthet era además dulce y cariñoso. Pertene-
cía á la categoría de esos seres que viven de una
caricia, de un afecto. Quería mucho á Rambert,
porque había comprendido toda la ternura que se
ocultaba bajo la cubierta, un poco ruda, del me-
cánico. Adivinaba en aquella alma los mismos
apetitos de afecto y de martirio que él sentía.
Noel le hacía el efecto de uno de esos misioneros
que, por confesar su fe, están dispuestos á morir
obscuramente en un rincón del mundo sonriendo
al suplicio.

Como médico, estudiaba con curiosidad casi ad-
miradora aquella naturaleza superior colocada en
condición tan humilde, y le decía algunas veces:

—Noel, usted es un loco, científicamente ha-
blando. Está usted loco de amor por la libertad.
Se enamoraría usted con locura de una mujer, y
si alguna vez tuviese usted un hijo, llevaría us-
ted el amor paternal hasta la sublimidad. Pues
bien, á pesar de estar persuadido de que es usted
un loco, me parece usted una criatura de mucha
valía bajo el punto de vista moral.

Cuando Pascual Arthet le hablaba así, Ram-
bert sentía un consuelo especial que templaba sus
penas y trabajos, y había conservado un recuerdo

vivo y hermoso de aquellos días de prueba com-
partidos con él. En medio de las sacudidas, de las
desilusiones y de los desengaños sufridos poste-
riormente por Noel, conservaba éste siempre vivo
en el fondo de su alma un culto cariñoso por
aquel hombre, modelo de justicia y de austeridad.

Así es que en aquel momento en que el juez,
el comisario y los agentes buscaban por todas
partes é interrogaban sus secretos á los cachiva-
ches de su habitación, no había allí para Noel
más que un juez; sólo uno, que era Arthet.

Una palabra de desprecio salida de los labios
de Pascual le hubiera aniquilado; era la única
sentencia que entonces temía.

Se aproximó, pues, al doctor, le miró con emo-
ción y le dijo con voz balbuciente:

—¿Cómo es, señor Arthet, que después de tan-
tos años de haberle á usted perdido de vista, le
encuentro ahora aquí al cuidado de mi hijo?

—Leí los periódicos—respondió Arthet—supe
por ellos que había usted sido preso, y vine.

El comisario de policía murmuraba en tanto al
oído de Mr. Dubois:

—¿Los dejáis hablar á solas, señor juez?

—¡Qué importa!—replicó Mr. Dubois.

El comisario hizo á los agentes un guiño que

quería decir: «No me perdáis de vista á esos dos hombres.»

—Vamos, Rambert—preguntó Arthet—¿qué hay de verdad en todo esto?

—Nada—contestó Rambert con firmeza—sino que soy pobre, que la casualidad me ha puesto al lado de un cadáver y que me acusan de asesinato.

—¿Y quién te acusa, papá?—preguntó Santiaguito.

Y el pobre niño, que adivinaba el terrible valor de aquella palabra, miró sombríamente á los hombres que acompañaban á su padre.

—¿Es usted inocente?—preguntó de nuevo Arthet.

—Lo juro por mi honor—respondió sencillamente Noel.

Mr. Dubois se aproximó á Rambert y con tono meloso le preguntó:

—¿Y esta es toda su habitación de usted?

—Sí.

—Bien miserable, por cierto.

—Lo que puedo pagar: un agujero, á falta de otra cosa. ¡Está el dinero tan escaso!

—Difícilmente podrá usted explicar, por lo tanto—continuó el juez sonriendo—la procedencia de la suma que se ha encontrado en poder de usted.

—¿Qué suma?—preguntó Arthet.

—Si es éste el que va á hacer el interrogatorio—gruñó el comisario—¿á qué hemos venido aquí nosotros?

Rambert respondió á la pregunta de Arthet alzando los hombros.

—Acaso no me creyera usted, como no me han creído estos señores; pero ya se hará luz en todo esto. No es posible que un inocente permanezca mucho tiempo bajo el peso de tan infamante acusación. En tanto, ruego á usted, señor Arthet, que no me pregunte nada y que me permita abrazar al niño.

Santiaguito estaba pálido, inquieto, y en su semblante de niño, pero ya reflexivo, serio y triste, se leía una preocupación de malestar y de susto.

Sus grandes y límpidos ojos brillaban tanto, que Noel se sintió turbado y tuvo miedo de la expresión de sufrimiento de aquella mirada infantil.

El niño deslizó su cabeza por encima del hombro de Noel, que se bajaba para abrazarle, y le dijo en voz baja, con acento dulce y acariciador:

—¿Luego esos hombres quieren hacerte mal, papá mío?

—No, no—contestó Rambert;—no temas nada: no me harán mal alguno.

Santiaguito pasó sus bracitos alrededor del cuello de su padre, y miró á los guardias con expresión huraña, como si quisiera defenderle contra ellos.

Los agentes no se emocionaron en modo alguno, y continuaron ó acabaron su obra.

Ningún indicio comprometedor encontraron en la habitación del pobre diablo. El comisario parecía despidado.

Terminado el registro, Mr. Dubois dijo á Rambert que bajase para volver á la cárcel.

Noel se volvió hacia el juez con aspecto extrañado, como si no hubiera comprendido bien. ¡Volverse á marchar, dejar á Santiaguito de nuevo, y acaso por mucho tiempo, tal vez para siempre! Y aquel hombre, poco antes débil, como borracho, y sin que las piernas pudiesen apenas sostenerle, se sintió de pronto dotado de fuerza hercúlea.

Á la idea de partir recobró de repente su antiguo valor, y por un momento le acometió la idea de luchar allí mismo, de disputar á los guardias su libertad. ¡Luchar, desasirse, coger al niño en brazos y huir! ¡Qué locura! Los guardias le miraban irónicamente cruzando los brazos.

Alzó los hombros y dijo en voz alta, sin que ninguno de los que le escuchaban comprendiese su pensamiento:

—¿Para qué?

Y volviéndose á Pascual,

—Á usted se lo encargo—dijo—señalando á Santiaguito.

—Papá, papá, yo quiero ir contigo; quiero que me lleven con papá—dijo el niño.

Á los ojos de Rambert se agolparon gruesas lágrimas que él trataba de contener.

—Se lo confío á usted—repitió—hasta que esté libre.

—Hasta bien pronto—dijo Arthet con firmeza.

Y tendió su mano al preso. Rambert entonces, con los ojos brillantes y la sonrisa en los labios, miró con orgullo á los agentes, al juez, al comisario, á todo lo que significaba la sospecha, la acusación y el desprecio, y pronunció con arrogancia esta sola palabra:

—Gracias.

En aquel *gracias* iba todo el orgullo, toda la alegría de una revancha y de un triunfo.

Noel erguía su cabeza como si hubiera sido no sólo absuelto, sino glorificado por aquel apretón de manos de un hombre honrado, de un héroe.

Arthet quedó solo en aquella miserable habitación, teniendo de la mano á Santiaguito, blanco como un mantel, con los labios pálidos y llorando. Cuando se inclinó para enjugar los ojos del niño y abrazarle, se contuvo, admirado de la expresión extraña, casi espantosa de aquel rostro infantil, contracturado por el dolor.

Toda la fisonomía del niño había tomado una expresión de fijeza cadavérica, marmórea, y representaba el más profundo terror, mezclado con una especie de cólera fría y resuelta. No se movía un solo músculo en aquel semblante. Las pupilas tenían el brillo de la fiebre y la inmovilidad de la muerte. Se hubiera dicho que el niño había caído de repente en un estado especial de catalepsia.

Arthet tocó su frente, que estaba helada. Le cogió la muñeca, en que las venas corrían como delgados hilos bajo la blanca piel, y le tomó el pulso, que latía débilmente y con largos y desiguales intervalos.

—¡Santiaguito! ¡Santiaguito!—dijo.

Santiaguito no respondió. Continuaba en la especie de crisis cataléptica que le había producido el susto.

—¡Pobre niño!—exclamó el doctor.—¡Pobre naturaleza nerviosa y delicada! ¡Débil cuerpo des-

tinado á vibrar á todos los choques! ¡No comprendes aún, y ya adivinas!

Y el niño continuaba lívido, con los ojos fijos y la mirada perdida en las sombras, como si estuviera viendo á quien separaban de su lado, á quien arrancaban de sus brazos.

VII.

Noel Rambert fué conducido de nuevo á la cárcel.

Al volver á entrar en su celda sintió una especie de consuelo. Se creía menos desgraciado estando solo. Los curiosos insultantes le torturaban. La soledad se convierte durante los primeros días en una especie de semilibertad para los acusados. Luego, este aislamiento, esta supresión rápida de un hombre al que se arroja en un rincón, este secreto tristemente elocuente, se convierte en un suplicio profundo, agudo, lancinante como una quemadura.

Noel, á quien la fiebre consumía, debió á este estado de malestar creciente el soportar con más calma sus primeros días de cautiverio.

Las sospechas de los demás le humillaban; la